

Prólogo 1

Si este libro fuera la traducción de un antiguo tratado oriental sobre las virtudes del gobernante como su título parece indicar

Alumno: Maestro...

Maestro: ¿Sí?

Alumno: Yo...

Maestro: ¡NO SIGAS! Ya estás en el error.

Este antiguo e increíblemente profundo diálogo zen nos brinda la clave del libro que usted sujeta entre sus manos: estamos viviendo en el error. En los textos que leerá a continuación, encontrará sintetizada la sabiduría de un monje budista, las enseñanzas de un artesano de cerámica ceremonial y los consejos de una vieja concubina de la dinastía Ming. La labor de actualización de estos relatos ha sido ardua y se han adaptado los aspectos más confusos, dotándoles de un barniz occidental. Las historias hablan de lo que hablan, y usted lo sabe y yo también.

Y para terminar, otro diálogo zen de aterradora profundidad:

Alumno: Maestro...

Maestro: ¿Sí?

LAS 27 VIRTUDES

Alumno: Yo...

Maestro: ¡NO SIGAS! Ya lo has conseguido.

Con esta sensación de optimismo y luminosidad interior,
leamos.

Prólogo 2

Si este libro fuera la traducción de un superventas americano de automanagement (variante de la autoayuda) titulado algo así como *Más allá de Nietzsche: cómo convertirse en el superhombre con las 27 claves del éxito en la vida, la familia y el trabajo*

Olvide *Los ladrones de roquefort*; tire las *Lecciones de la Monalisa para comunicadores*; utilice *Hamlet para directivos* para equilibrar esa silla que cojea; incluso prescinda del *Management del Rey León*.

Bórrelos a todos de su memoria. El libro que sostiene entre las manos le ofrece todo aquello que usted necesita. Fruto de varios años de estudios exhaustivos del comportamiento de los directivos, con esta obra obtendrá lo que usted precisa.

Este estudio no tiene respuestas. «¡Ah! Entonces, ¿tiene las preguntas?» —pensará usted—. Pues no, tampoco tiene las preguntas. Entonces...

En estos tiempos de incertidumbre, no sirven las respuestas y tampoco las preguntas: hay que ir más allá. Y más allá de las preguntas, más allá de las respuestas se encuentra lo que usted lleva dentro y nadie le puede arrebatarse, aquello nunca pronunciado pero que todos sabemos. Este libro va

LAS 27 VIRTUDES

directo a ese interior que todos poseemos, pero que la mayoría tenemos dormido.

Y ya es suficiente. Adelante y sacie su sed.

Prólogo 3

**Si este libro fuera obra de un sociólogo
eco-políticamente correcto con ganas de generar
una teoría del todo social titulado *27 parámetros
objetivos que explican la naturaleza de los seres
humanos***

Este es un libro sobre el hombre. Y sobre la mujer. Y sobre niños y ancianos. Y niñas. Y ancianas. Y heterosexuales y homosexuales, bisexuales, pansexuales, transexuales, asexuados y otros seres humanos. Y grandes simios, que también razonan. Y delfines y ballenas. Y otros.

Las reflexiones se hilvanan con los pensamientos, y las conclusiones antropológicas caen por su propio peso. La palabra *peso* no alude a personas con corporeidad aumentada. En este libro no se ofende a nadie ni se maltrata a ningún animal. Y la tinta es natural, el papel reciclado e incluso las ideas que contiene han sido aprovechadas del contenedor de los pensamientos manidos, de los tópicos y frases hechas.

Así que lean sin miedo; ninguna idea les cambiará nada de lo que ustedes piensan y su ecosistema cerebral-ideológico quedará preservado.

Prólogo 4

**Si este libro fuera obra de un autor mediático,
moderno y provocador titulado
*27 cuestionamientos imprescindibles
a la sociedad moderna***

Hola, esto es el prólogo y me pagan una miseria por escribir doscientas cincuenta palabras. Así que empecemos ya.

El periodismo es una mierda. Todo es manipulación. Los periodistas son unos vendidos, unos mercenarios a sueldo. Ya no se hace periodismo de verdad. ¡Cuántos tópicos deben aguantar los profesionales como el que ha escrito el libro que ahora prologo...! Probablemente, es por eso que nace esta obra. Conozco a su autor desde sus humildes inicios en la hoja parroquial y puedo asegurarles que, a pesar de la fama que ahora disfruta, él no ha cambiado. Sigue siendo el mismo engreído hijo de su gran madre que ya era de joven.

Si este libro es algo, es eso: un vómito de egotismo, inmadurez, desprecio por la raza humana y soberbia reconcentrada. El autor, uno de mis mejores amigos, ha conseguido un relato original y brillante, aunque, como dijo Oscar Wilde: «Lamentablemente, lo brillante no es original y lo original no es brillante». Está claro que mi amigo ha volcado en estos textos lo mejor de sí, que no es decir mucho,

pero... ¡qué más da! Si usted está leyendo estas líneas es que pertenece a la clase de gente que compra este tipo de libros, así que está recibiendo más que suficiente.

Léalo ya, colega, que la vida es corta; o mejor, haga *book-crossing* y déjelo en un banco, un árbol o yo qué sé... total, sólo me pagan hasta la palabra doscientas cincuenta y ya, casi, casi, he llegado. Ornitorrinco.

N. del E.: Faltaba una palabra para completar las 250 y por eso el prologuista añadió «ornitorrinco».

Prólogo 5

**Si este libro no fuera más
que lo que aparenta, se titularía
*27 cuentos y algunos comentarios
que invitan a reflexionar***

Se encuentra usted ante un libro de aluvión. A lo largo de los años, se han depositado diversas capas que han ido creando algo difícilmente clasificable. En él se incluyen cuentos-idea, simples pensamientos, frases inventadas, anécdotas profesionales, vivencias personales, referencias a hitos de la cultura popular, filias en forma de homenajes a libros y escritores, cineastas y películas, y cómics y obras que me han gustado de una manera especial, expuestas sin mucho detalle, sólo como meras pistas para quien quiera *googlearlas*; todo ello se une para crear una especie de menú degustación en el que se combinan variedad de sabores, conceptos ingeniosos al lado de pensamientos ingenuos, tropezones de moralina junto a toques de ironía, notas de pedantería seguidas de aromas de sentimentalismo y alguna auténtica chorrada. En conjunto espero que, a pesar de todo, el retrogusto general resulte agradable y que su consumo arranque alguna que otra sonrisa, porque esa y no otra es la intención básica: entretener; después, si se tercia, hacer pensar; en tercer lugar, espero suscitar el interés del lector por alguno de

los autores u obras que cito y, finalmente, para qué negarlo, a mí me ha gustado escribirlo.

—Así que pasen y lean.

Virtud n.º 1: Integridad moral

«Sin integridad moral, el dirigente se retuerce entre sus mentiras hasta causar su destrucción y la de los que le rodean.»

BILL CLINTON (atribuido)

Del adulterio y sus trágicas consecuencias

El hombre que se encontraba ligeramente nervioso, ligeramente deprimido y, como solía lamentar, un poco más que ligeramente gordo, paseaba de un lado a otro con sus característicos andares de vaquero. Por fin se sentó y cogió un folio —el último— de la bolsa de plástico transparente que, ya vacía, arrojó a la papelera. Pensó en ese momento que una hoja de papel resultaría más que suficiente para plasmar lo que ya se le escapaba de entre los dedos.

Con letra pulcra, pero apretando quizás un poco más de lo necesario, escribió: «Te amo, Clementina».

Dejó con cuidado el bolígrafo entre los dos teléfonos, cogió el folio con ambas manos y lo levantó a la altura de los ojos. «Te amo, Clementina», leyó; «Te amo, Clementi-

na», repitió; «Te amo, Clementina», dudó; «Te amo Clementina», se arrepintió.

Y su mujer, ¿qué iba a pensar? «Hacerme esto a mí, después de tantos años, de tantos sacrificios...» ¿Y sus hijos? «Papá, por favor, no lo hagas.» Y la gente, ¿qué diría la gente? No podía ni plantárselo. Debía destruir la prueba de sus sentimientos adúlteros. De ninguna manera podía permitírsele... y mientras estos pensamientos surcaban su mente, arrugó el papel entre sus robustas manos y, con un acertado gancho de izquierda, encestó la horrible evidencia en la papelera.

Suspiró aliviado. «Así está bien —pensó—. Todo en su sitio.» Entonces, miró a su derecha y lo vio: sin pliegue alguno, apoyando sus esquinas con precario equilibrio en los bordes de la papelera, se sostenía, intacta, la prueba de sus adúlteros sentimientos.

Se asombró. «¿Cómo puede ser? Si lo acabo de arrugar...» Volvió a cogerlo, lo estrujó y, con un espléndido mate, lo introdujo de nuevo en la boquiabierta papelera.

Gritó —no pudo evitarlo— cuando, inusitadamente, la sorprendente cuartilla volvió a salir a flote y, sin señal alguna de su anterior estrujamiento, permaneció unos momentos balanceándose en los bordes de la papelera. La recogió de nuevo, y se quedó mirándola fijamente. Tras unos segundos, mientras su boca se crispaba, puso sus fuertes manos en más o menos la mitad superior e intentó, con todas sus fuerzas, romperla en pedazos. Fue inútil. El increíble folio parecía estar compuesto de una materia perfecta, y por más esfuerzos que se aplicaran, no se conseguía nada, a excepción de una ira creciente y de una pérdida de agua corporal en forma de sudor equivalente a la que se obtiene con la práctica de deportes supuestamente más duros que el de intentar rasgar un simple papel.

En vista del éxito conseguido mediante métodos manua-

les, el hombre no lo pensó más: abrió el compartimento secreto donde se escondía la trituradora de documentos y, con gesto de desprecio, introdujo la comprometedor hoja en sus entrañas. Cerró la tapa y, sonriendo satisfecho, se dejó caer en el confortable respaldo, entrelazando las manos detrás de la nuca. Estupefacto, dio un salto al oír el crujido seco, metálico y estridente que emergía de las interioridades de su escritorio.

De nada sirvieron el ácido, el hacha, el fuego y el láser: el perverso folio seguía imperturbable. Ninguna goma disminuyó la relevancia de sus letras. Ningún *tippex* pudo ocultar su obscena declaración; el papel parecía absorber cualquier material que se le aplicase. Ningún otro lápiz, bolígrafo, pluma, buril o instrumento inventado por el hombre pudo añadir, tachar o alterar ni un solo punto, coma, letra, segmento, por mínimo que fuera.

El intento de enterrarlo en unas minas de sal abandonadas fracasó: una extraña corriente de aire lo devolvió, cual perro fiel, a su lado.

Y así sucedió con el resto de sus tentativas. En el puerto, en el bosque, en el edificio en construcción..., fuera cual fuera el lugar en que intentara deshacerse de la comprometedor declaración, ésta siempre regresaba junto a él. Era su sombra.

Desesperado; así estaba el hombre transcurridos tres meses. Le parecía un milagro que aún nadie estuviera al tanto de su secreto, aunque sabía que, simplemente, se trataba de una cuestión de tiempo. Debía hacer algo drástico; no podía aguantar más; este asunto se había convertido en una cuestión de principios. Había, pues, que ponerle fin.

Así que, sin apenas un segundo de duda, se levantó y, tirando del volumen de *Estrategias militares durante la Segunda Guerra Mundial*, destapó el panel oculto, marcó la

combinación de números y letras y apretó el botón, que la mayoría suponía rojo, pero que en realidad era negro, completamente negro.

Mirando fijamente al folio, dijo: «En dos minutos detectarán lo que hemos lanzado, más otros dos para la decisión de represalia, sumándoles los diecisiete para llegar aquí, son, más o menos, veinte minutos; pasado ese tiempo, serás destruido».

Entonces se le ocurrió que, de todas formas, no importaba si el dichoso papel por fin desaparecía. Daba igual; tampoco iba a quedar nadie vivo para leerlo. La idea le hizo gracia, la encontró terriblemente divertida, y el presidente de Estados Unidos estuvo riendo veinte minutos y veintisiete segundos exactamente.

Fin.

Temas tratados

El poder, la culpa, el remordimiento, la ocultación, la imposibilidad de la ocultación, la obsesión enfermiza, el comportamiento sexual de los presidentes de Estados Unidos de América, la guerra nuclear, el fin del mundo.

Moraleja evidente

No es bueno que una sola persona disponga de demasiado poder. El ser humano es falible por naturaleza y el mejor de los hombres puede caer en la tentación. Todo poder necesita un contrapoder.

Otras moralejas

Un buen líder es íntegro o, al menos, lo intenta. La culpa es indestructible.

Me recuerda...

Cuando tenía unos once años, mi padre me llevó al cine de mi pueblo. Se trataba de una sesión doble y no recuerdo nada de la primera película. La segunda era *Teléfono rojo, volamos hacia Moscú*. A mi padre le pareció una chorrada y me obligó a salir antes de que la película terminara. Abandonamos la sala justo en el momento en que se produce el lanzamiento de la bomba nuclear sobre Rusia, activada de forma manual por uno de los tripulantes del avión, quien cae junto con la bomba montado a horcajadas sobre ella mientras agita su sombrero tejano. Esta imagen pervivió durante días en mi imaginación, y soñé con ella varias veces. El comentario del psicoanálisis al respecto supongo que ofrecería explicaciones en las que se reflejaría la incomodidad del despertar sexual de un preadolescente, el abandono de la infancia, etc. La verdad es que sus conclusiones no me interesan demasiado; sigo creyendo que la imagen era muy potente y aunque, ya adulto, pude ver entera toda la película y disfrutarla, la imagen del Mayor Kong a horcajadas sobre la bomba me sigue perturbando. Será que no he madurado.

Referencias bibliográficas

- Toda la obra de Sigmund Freud.
- Las obras de Alfred Adler sobre el poder.

Referencias cinematográficas

- *Pasión de los fuertes (My Darling Clementine)*, de John Ford.
- *Teléfono rojo, volamos hacia Moscú (Dr. Strangelove)*, de Stanley Kubrick.
- *El hombre del traje blanco (The Man in the White Suit)*, de Alexander Mackendrick.

Nota personal

A lo largo de mi trayectoria profesional, he impartido y dinamizado formación para adultos —cada vez que escribo *formación para adultos* siento un ligero escalofrío, como si estuviera hablando de algo prohibido—, sobre todo en el campo de las habilidades directivas como negociación, dirección de personas, trabajo en equipo, etc. Los destinatarios habituales han sido mandos y directivos. Entre los temas más frecuentes figuran los relacionados con el trabajo en equipo. Para ocuparse de este tópico, existen muchos ejercicios encaminados a demostrar las ventajas del pensamiento colectivo y de la acción del equipo por encima de las individualidades. Concretamente, hay un caso muy conocido y utilizado en el que los participantes se han de poner en la situación de una expedición a la Luna que se ha estrellado en el lado soleado del satélite, y los supervivientes deben dirigirse hacia una base ubicada a una considerable distancia. Para realizar el viaje, deben ordenar quince objetos según su importancia, de tal manera que asignan un 1 al más importante, un 2 al segundo... y así sucesivamente hasta llegar al objeto más inútil de todos, que recibe un 15. Los participantes cuentan con un cuarto de hora para realizar su

propia clasificación. Posteriormente, se les dispone en equipos y entre los miembros de cada grupo deben llegar a un consenso y acordar una nueva ordenación. Una vez hecho esto, se comparan los dos listados (el de cada uno individualmente y el de equipo) con el orden establecido por los expertos de la Nasa, de tal manera que se hace una resta entre la puntuación que da cada persona a cada objeto y la que han otorgado los expertos. Por ejemplo, tú has situado un objeto determinado en la posición número diez, y los expertos lo han colocado en la tres; esto se convierte en siete puntos de diferencia, y así con cada uno de los artículos presentados. De igual modo se procede con el orden del equipo, comparándolo con el listado establecido por los expertos. Luego se suman las diferencias de cada ordenación de tal forma que a menor suma de diferencias, mejor puntuación. Es decir, cuanto menos se diferencia tu orden del de los expertos, mejor lo has hecho. En el 90% de los casos, la puntuación que genera el equipo mejora la puntuación individual, lo que demuestra que el pensamiento y el trabajo en equipo superan el del individuo en solitario. A veces, se producen situaciones particulares en que alguna persona pierde un poco respecto al equipo, pero tanto su resultado como el del grupo suelen ser puntuaciones muy buenas. Después de realizar este ejercicio en muchas ocasiones, introduje una variante para dar más emoción y determiné un número máximo en la suma de las diferencias que separaba el éxito del fracaso, la vida de la muerte. Este número mágico era cincuenta. Si la suma de las diferencias superaba los cincuenta puntos, la misión había fracasado y estabas muerto. Seguí con esta nueva mecánica varias veces y todo se desarrollaba con total normalidad hasta que, en una formación en un ayuntamiento en la que trabajábamos con el equipo de gobierno que incluía al alcalde, políticos y técnicos, resul-

tó que, en el grupo del alcalde, éste impuso su criterio de tal manera que el resultado de equipo era idéntico a su resultado individual. Para colmo, las decisiones que había tomado... bueno, digamos que no se había puesto en situación y, por ejemplo, por encima de las bombonas de oxígeno —que, si estás en la Luna a la mayoría le parecen de lo más útil— él había situado la brújula —objeto que, según los expertos, ocupaba el puesto catorce, ya que en la Luna no hay campo magnético y una brújula es inservible—. El resultado total fue una diferencia superior a cincuenta, con lo que todo el grupo había fallecido, aunque tres de los seis componentes del equipo se hubieran salvado si hubiésemos tomado como referencia su puntuación individual. El alcalde los había matado. Al intentar hacerle reflexionar sobre lo que había sucedido y cómo había arrastrado a todo su equipo hasta la muerte por su incapacidad para escuchar y ver la posible razón de los demás, me miró fijamente y me dijo: «Tú, Joan, no has entendido nada. Lo importante no es esto que tú dices, no. ¡Lo realmente importante es que mi equipo me ha sido fiel hasta la muerte! ¡Esto es lo importante!»

Mis posteriores argumentaciones chocaron de frente con su autoconcepto de líder y, naturalmente, no nos volvieron a contratar.

Consejo final

Intenta mantenerte íntegro en tus convicciones y actuar según tus principios, y si cometes un error Afróntalo. La vergüenza es mucho más llevadera que la culpa.